

EL DEBATE CULTURAL EUROPEO: SU IMPORTANCIA TAMBIEN PARA AMERICA LATINA (1)

Dr. Víctor Valembois

Agregado Cultural, Embajada de Bélgica en Costa Rica

*«Si je diffère de toi, loin de te léser, je
l'augmente» (A de Saint Exupéry, en
Albert Jacquard, Eloge de la différence)*

1. A modo de introducción

Hace casi un siglo, de este lado del Atlántico no se ponía siquiera en duda el interés de la cultura europea para América Latina, por cuanto los cuadros dirigentes asumían que era el modelo (¿único? a seguir. Recuérdese que en *Magdalena*, arranque de la dramaturgia costarricense, a la pregunta «¿adónde vamos?», como clímax y final de la obra, los personajes contestan al unísono «a París», como confirmación de que éste era el polo de atracción, la meta a emular: por eso también, el entonces recién inaugurado Teatro Nacional, orgullo y símbolo de la cultura local merece ahora que el adjetivo de lo «nacional» se ponga entre comillas, siendo en realidad una réplica del muy parisino Teatro de la Opera. Mucha agua ha pasado, en París, bajo el «pont Mirabeau», y en San José, bajo el puente de los Anonos. Lejos están los tiempos en que, bajo el impulso entre otros del Marqués de Peralta, diplomático interesado también en la dimensión cultural, se importara de Europa el Edificio Metálico, casi centenaria construcción belga en San José. (2) Con la evolución geopolítica, aquellos nexos tan profundos entre Europa y América Central se fueron desdibujando. Salvo la honrosa excepción, circunstancial de las «Reuniones de San José», nacidas en el contexto todavía de guerra fría, Europa no tiene ahora la misma proyección en estos lados y estoy por creer que los personajes de la citada obra de Fernández, en una versión actualizada, en vez de «París» gritarían «Miami» como expresión de la nueva meca cultural.

Trataré de demostrar aquí que, pese a la lejanía, el debate acerca de la búsqueda de identidad cultural en la naciente Unión Europea nos tiene que seguir interesando, por acá, aunque sea por la sana polémica que genera. A propósito del reciente debate sobre la «excepción cultural» en el tráfico de audiovisuales, (de la que se hablará más tarde), punto crucial en la Ronda Uruguay terminada hace poco, el Presidente Mitterand exclamó «no se negocia con la identidad», en cambio, nuestro autor latinoamericano, hoy ciudadano español, Vargas Llosa señalaba que tal exigencia era «el reflejo de nacionalismo y tribalismo», como sea que fuera, quisiera visualizar que en América Latina, aún para no estar necesariamente de acuerdo con los europeos en el debate cultural que llevan a cabo, debemos interesarnos por ello, ya no en la perspectiva de la «cultura del eco» evocada antes, sino como coincidencia o quizá como anticipación de problemas que ni siquiera sospechan todavía aquí, en la búsqueda de la identidad, latinoamericana y costarricense. Por ambos lados del Atlántico, todo transcurre, en un mundo en vías de globalización. La pregunta es si aquello ha de ocurrir necesariamente bajo un aparente modelo único, económico y cultural. En definitiva, por medio de estas notas sobre la evolución, la vivencia actual y los problemas de la cultura en Europa, pretendo encauzar el debate hacia la reflexión, también por acá, respecto del factor cultural en la búsqueda colectiva de identidad. (3)

2. ¿Existe una cultura europea?

La simplificación a que nos llevan la distancia y el desconocimiento nos pueden hacer cometer generalizaciones ahistóricas. Lo que puede sonar a verdad de perogrullo no lo es, porque demasiado grande es la tentación de contestar a la

pregunta planteada, con un ¡por supuesto! a partir de nuestra valoración actual. En la clásica definición antropológica (4) de cultura quiero subrayar dos elementos relevantes para su aplicación a lo europeo y a lo latinoamericano. Primero, que fuera de una legítima conservación de un patrimonio, igualmente cultural es la proyección de sueños, ilusiones y utopías, tanto personales como colectivas en la dimensión del futuro. Segundo, que este código de pertenencia, inscrito casi genéticamente, no en la frente sino en el corazón de cada uno, con independencia de su lugar de nacimiento y de desenvolvimiento, también automáticamente implica el concepto de diferenciación. Uno se conoce a sí mismo como individuo en la medida en que se reconoce como diferente de los demás. Igual a nivel de los pueblos. Lo anterior implica entonces también en consecuencia el concepto de frontera. En latín este término se llama *finis*, cuya raíz está igualmente en forma significativa, en la etimología de la palabra definir. Toda definición de sí mismo empieza con la de lo que uno no es: los europeos empezaron a utilizar este gentilicio en la identificación de lo propio, frente a «los otros». (5) Recién a partir de los años cincuenta asistimos en Europa a la construcción de una identificación desde dentro.

Parto de la definición anterior y de la mano de Jean-Marie Domenach (6) y Edgar Morin (7) para señalar, de entrada, que, en rigor no hay todavía una cultura europea. En cierto sentido la hubo en tiempos de difusión del cristianismo que (sin ser de origen europeo) se propagó básicamente en este ámbito, primero dentro del Imperio romano, después entre los pueblos germánicos conquistados por éste. El latín, idioma común, sirvió grandemente como instrumento de cohesión y de sentimiento de comunidad, base de la identidad. Esta se vio fortalecida después por la defensa común en contra del Islam. (8) Con Carlomagno, a principios del Siglo IX, ya esta abstracción actual es vivida más que nada como conciencia de unidad cristiana en el llamado «Sacro Imperio Romano». Morin lo resume así: «la idea de cristiandad absorbió la idea de Europa y las divisiones de la cristiandad la disuelven: la palabra desaparece, supuestamente, hasta el siglo XIV.» (9) Este mismo espíritu subcontinental se fortaleció desde luego también con los primeros grandes intercambios de mercancías (las hansas) y de ideas (las grandes universidades medievales). Pero en estos siglos no se habla todavía de «Europa» como unidad ni política, ni económica, ni de ninguna especie.

Al tratar entonces de definir una potencial «cultura europea», nos topamos con una entelequia. Más bien a través de quinientos años de crecimiento, apogeo (en el Siglo XIX) y actual decaimiento de los Estados-Naciones, lo que hubo mayormente es una tendencia secular hacia la rivalidad interna, entre España y Portugal primero, en tiempos del Tratado de

Tordesillas, entre ingleses, holandeses, belgas, alemanes y franceses en África y en América del Norte, en los siglos siguientes; en verdadera camicería general en la primera mitad del siglo XX. Con rigor no es sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial (este «suicidio colectivo» de nosotros los europeos, como lo llama Domenach) (10) que se puede hablar -cada vez más se hace- de una «utopía realizable»: la construcción voluntarista, progresiva y proyectada hacia el umbral de los tiempos, en todas las dimensiones.

Insisto que - salvo honrosas excepciones: ciertas tendencias del Renacimiento y del Romanticismo, algunos pensadores excelsos, verdaderos precursores de la idea europea- no ha habido nunca, sino hasta hace apenas unas décadas, una real vivencia colectiva de identidad y de pertenencia europeas, en el sentido de tener conciencia común de límites territoriales y de comunes patrones culturales, desde Escandinavia al Mediterráneo, desde Inglaterra hasta el Ural. El término «Europa» lo vuelve a introducir, solo que como categoría cartográfica, mi compatriota Mercator a mediados del siglo XVI, por lo que se generalizó desde entonces su uso, pero meramente para efectos de clasificación. Cometeríamos un craso error al identificar nuestra visión actual sobre Europa con la de sus habitantes, diversos y dispersos, a lo largo de los casi veinte siglos pasados.

Conviene respetar el sentido diacrónico, especialmente en el campo de las ideas. Los griegos clásicos utilizaban la palabra Europa para referirse específicamente a pueblos que no eran griegos (11): los que vivían al norte y no estaban, como ellos, vinculados con el mar. Después, significativamente en este mismo contexto de definición y de propiedad, los romanos iban a definir el mediterráneo como «Mare Nostrum». Que para los griegos clásicos el «europeo» era el otro, el no griego, generalmente también identificado como «bárbaro», el que no hablaba bien o balbuceaba el griego, no significa desde luego que hoy en día estos descendientes de Pericles sean menos europeos. Napoleón, al querer conquistar media Europa, no lo hizo en función de un sueño nuestro felizmente anticipado, sino como proyección imperial de «La France».

La inexistencia histórica de la idea «Europa», hasta hace un puñado de años, su vivencia únicamente como comodín geográfico, se refleja todavía en ciertas expresiones idiomáticas recientes: unas décadas atrás, declararse «europeo», era una mala palabra, por reflejos nacionalistas y por usurpación del término de la ideología nazi. Hitler también pretendía ser constructor de Europa, en este sentido, pero dentro de un proyecto estrafalario en espacio y tiempo: el Tercer Reich que debía durar mil años. Hoy en día todavía, en el inglés británico, «European (s)» el término se utiliza para los continentales, los

del otro lado del Canal de la Mancha, frontera abolida ahora por el túnel (12). Para terminar este punto señalaría, sin más, que la misma confusión terminológica e idéntica reducción a-crítica la cometen muchos europeos, - claro que no los estudiosos-respecto de Centroamérica (13) como conjunto político y supuesta unidad cultural, sobre la base de una simple cercanía geográfica.

3. La civilización europea, presentada como «modelo universal»

Partiendo del uso lexicográfico alemán, Edgar Morin señala que si bien por las razones apuntadas no se puede suponer sino hasta hace poco, una cultura europea, desde hace tiempo, sí es plausible evocar una civilización (14) del mismo nombre, entendiendo por ella una serie de productos, ciertos modos de pensar y en general un «way of life» afines dentro de diversas culturas regionales, consideradas en conjunto, bajo un denominador común, exportable y exportado.

Ahora bien, todas estas largas centurias una cantidad de valores y principios crecidos en lo que ahora denominamos el «espacio cultural europeo» (la democracia, la igualdad, el racionalismo, el humanismo, etc.) fueron presentados, espere-mos que grandemente en forma inconsciente, con un claro prejuicio a favor de lo propio y en contra de lo ajeno: es una clara muestra de colonialismo. En otras palabras, estos moldes de pensar y de actuar, generados históricamente en determinados grupos diríamos «pre-europeos», se consideraban y, en cierta medida se siguen considerando, por los mismos europeos - quizá con demasiada facilidad- como universales. Surge una triple sinonimia artificial entre este último término, lo «europeo» y lo «occidental». Descartes, al señalar que el sentido común era la cosa mejor distribuida en el mundo pensaba desde luego en el sentido común de sus coterráneos (europeos «avant la lettre», cuando él vivía tanto en Francia como en Suecia). Los Enciclopedistas y otros ideólogos de la Revolución Francesa consideraban al hombre (y a regañadientes a la mujer...) de su circunstancia (como diría Ortega y Gasset) con una «lógica» proyección universal. No en vano Europa era el ombligo del mundo - hasta en los mapas- desde el cual se irradiaba «la» cultura.

En el siglo XIX, con el cruce entre el nacionalismo (inglés, francés, etc.) y el imperialismo (del mismo origen), esta falaz simplificación alcanza su apogeo, reflejado por la creación de un nuevo verbo: hay que «europeizar» (15) En años recientes, la conmemoración de los quinientos años de la hazaña de Colón, por ambos lados del Atlántico, sufre todavía bajo esta visión, dicotómica por excesivamente simplificadora: tan equivocados están los incondicionales de la «misión civilizadora» de los europeos, como los detractores absolutos de esta

colonización (y por ende apologistas incondicionales de la «causa indigenista»), en nombre de un supuesto paraíso terrenal, virginal y hasta ecológico, que habría prevalecido en tierras americanas antes de la llegada del Almirante invasor. (16)

Resulta imprescindible, nuevamente, situar las cosas en su correcta perspectiva histórica. Tanto bien le hace a la comprensión correcta de la civilización europea la visión crítica del verbo (asumido como patrimonio en Occidente), por Jean Paul Sartre (en su prólogo citado), como la lapidaria afirmación, respecto del mismo aporte, por Alfonso Reyes (la llegada tardía al banquete de «la» civilización). Como originario del Viejo Continente que me jacto de ser, tengo bien presente la frase de Ernesto Sábato: que nos cuidemos, en América Latina de repetir muchos de los errores que los europeos, quizá inconscientemente cometieron. Siempre me he interrogado (17) si la alusión velada no se refiere entre otros y principalmente a los dos últimos conflictos bélicos «grandes» que, claramente nacidos entre europeos, en una exportación nada encomiable, hemos transformado los europeos (y otros, también al sur del Río Bravo contribuyeron a hacerlo, en una dramática interferencia de dominación - dependencia) en las guerras llamadas «mundiales».

Así las cosas, hasta hace pocos años, la cultura no figuraba dentro de las atribuciones de administración de la que entonces se llamaba Comunidad Económica Europea (CEE): el nombre mismo insinúa un énfasis en lo económico, sin más (18). En línea consecuente con esta priorización, la cultura se reservaba al ámbito de los Estados miembros de la Comunidad, en parte por recelo nacionalista todavía fuerte, en parte por faltar todavía la visión prospectiva que surgirá después. La cultura estaba manejada por un Comisario, dejando grandemente la competencia para estos asuntos a otras instancias, lo cual refleja una manifiesta infravaloración.

Pero surgieron voces de cambio. Entre los mismos tecnócratas, aquellos «eurócratas» (como se les identifica con un cierto humor), se afianzó una idea que las teorías modernas (19) ahora dan por un hecho: que no se puede construir un andamio económico sin considerar dentro de las variables el factor cultural. Jean Monet, uno de los padres de la nueva Europa, expresó en estos tiempos: «si hubiera que volver a hacerlo, comenzaría por lo cultural. (20) Se trata de una aseveración retórica porque, parafraseando al poeta, se puede volver la vista hacia atrás, pero la senda jamás se ha de volver a pisar ... Detrás de esta perspectiva modificada se perfila la idea de progresividad que animó a insignes luchadores por esta causa como Spaak, Schumann, Müller y tantos otros, desde 1950: Europa no se haría de golpe, sino en una construcción voluntarista y a futuro.

4. El papel de la cultura, para la Unión Europea, desde el Tratado de Maastricht

En los años ochenta cuajó lo ideado anteriormente. Dos condicionantes, uno más bien interior y el otro exterior, incidieron en un cambio drástico de los Estados Miembros de la Comunidad Europea como para que fueran dando en ésta, en escala de subsidiaridad (21) como lo definen legalmente, más poder a las instancias metanacionales (22), también en lo cultural. El primer factor es de tipo demográfico. Después del eufórico «babyboom» de la posguerra, cada día los europeos se hacen numéricamente menos, no solo entre sí (23) sino sobre todo en consideración del crecimiento casi exponencial que caracteriza el resto del planeta (24), máxime los países llamados «en vías de desarrollo». De la seguridad y la convicción que daba una población ideológicamente dominante en los siglos XV ahora, a finales del XX, los jefes políticos del Viejo Continente saben que representan ya solo una excelsa minoría en el contexto mundial. El segundo factor condicionante implica que la tecnología comunicativa está haciendo añicos todo tipo de barreras, incluyendo las nacionales: es la «aldea global» que pronosticó Mac Luhan, aspecto sobre el que tenemos que volver específicamente, ya que está en la base de la política europea llamada de «excepción cultural». Ambos factores hacen intervenir un tono totalmente distinto en las relaciones de intercambio y de cooperación con la UE: consciente de que ya no es el mismo jefe de orquesta, Europa asegura ahora su propia inserción en el concierto planetario por lo que habla ahora de «diálogo cultural con el resto del mundo» en esta «isla de paz» (25)

A partir de la aprobación del Tratado de Maastricht, en 1994, evoluciona radicalmente la importancia dada a la cultura en la naciente Unión Europea (UE). El nuevo nombre no implica simplemente un cambio de etiqueta, de envoltura para la misma mercancía, sino el comienzo de otra etapa: la generalización de este término, en sustitución del de la CEE, desde entonces, refleja que ha surgido una voluntad interna de ir más allá. El gigante económico explicita así su conciencia y voluntad de adquirir también cohesión en otros campos, desde luego en primer lugar en política exterior y defensa común, pero estos no resultan posibles sino sobre la base de una serie de afinidades a nivel de valores, es decir de percepciones culturales.

La cultura misma se transforma en un sector de intervención comunitaria importante, pasando rápidamente de un ámbito reservado para «los postres o los suplementos en los diarios» (26), a una dimensión que, al mismo tiempo, produce y expresa la conciencia de identidad colectiva. ¡Eso sí! las soluciones creadas en abstracto, en centros de poder y de conocimiento, han de ser re-adaptadas y repensadas en función

de su lugar de aplicación: se trata de tomar en cuenta lo que los filólogos identifican como el sustrato. A partir de allí la Unión Europea fomenta la cooperación entre los Estados miembros para «promover la especificidad cultural europea», esta herencia cultural común, contribuyendo al mismo tiempo al «desarrollo de las culturas de los Estados miembros respetando su diversidad nacional y regional» (Art. 128 del Tratado de Maastricht»). Asistimos así a un giro copernicano, porque los tecnócratas y la misma población, gracias entre otros al voto directo, valoran ahora distintamente la cultura: para la UE de fines del siglo XX ésta podría llegar a emular lo que representaba el latín en la Europa renacentista, como la *Koinè* (27) de los griegos clásicos: instrumento y motor de identidad colectiva.

Esta redefinición, no solo de rumbo sino también de remos, se perfila, por ejemplo, en el programa de prioridades de la presidencia francesa en la Unión Europea para el primer semestre de 1995: alrededor de la lucha constante, activa y comunitaria por la afirmación de la diversidad cultural de Europa percibimos un doble movimiento de cooperación y defensa culturales, orientados ambos inicialmente más bien hacia dentro, pero ciertamente también a aplicar hacia afuera: por una parte está la defensa del plurilingüismo (a desarrollar en el punto 5) y por otra, la lucha por la llamada «excepción cultural» (para el punto 6).

5. El policentrismo cultural, incluyendo el plurilingüismo

Muchas publicaciones y cantidad de leyes nuevas dentro de la UE apuntan hacia una proyección y cohesión esencialmente interna: ésta incluye, entre otras, la conservación del patrimonio cultural y arquitectónico, la formación, el intercambio de obras de arte no comerciales, así como la cooperación (también fundamentalmente interna) con miras a impedir el comercio ilegal de bienes culturales.

En el mismo sentido va la defensa del plurilingüismo, asunto que aparentemente en otras partes (por ejemplo en Centroamérica) resulta irrelevante por tener un solo idioma oficial como vehículo de comunicación interna. Sin embargo, el repaso de esta problemática fue muy álgida en Europa puede dar grandes lecciones para nosotros aquí, si la situamos dentro de la tensión Norte-Sur y la amenaza que sí tenemos en común con el Viejo Continente: la imposición cada vez mayor de la lengua inglesa únicamente, con base en un patrón cultural norteamericano.

La nueva Europa, lejos de resolver el asunto con recetas tan fáciles como artificiales, se ha propuesto darle soluciones creativas. Por medio precisamente de la misma tecnología

que, también en América Latina aparentemente llama al avasallamiento total respecto del inglés en una sola y monótoma «autopista informativa», se contribuye a resguardar la «polifonía», el concierto de lenguas. Frente al reduccionismo de un utópico y por lo demás ya fracasado esperanto, en Europa prevalece el criterio científico según el cual cada lengua implica una visión del mundo (28). Inversamente, un reduccionismo al respecto conlleva también automáticamente el empobrecimiento cultural y una peligrosa uniformización: así como en la naturaleza se trata de mantener la diversidad biológica, ¿no habría que pensar en la salvaguarda también de la diversidad cultural, incluyendo, por supuesto, como principal transmisor de ello, lo idiomático?

A nivel operativo, Europa mantiene un sistema de lenguas oficiales e idiomas de trabajo (29) que, costoso y todo, protege tanto la libertad individual de expresión como la diversidad de sus medios. La Unión Europea tiene desde hace poco una visión activa al respecto, ya no de simple conservación museográfica de su patrimonio lingüístico, sino de defensa comunitaria de esta riqueza. Hay toda clase de disposiciones en marcha para fomentar la enseñanza diversificada de lenguas vivas, desde temprana edad, a todo nivel. No se trata de una lucha «contra» el inglés (cosa infantil y por lo demás contraproducente, teniendo al Reino Unido en la misma Unión), sino «en pro» del pluralismo. El programa Ariana, destinado a promover el conocimiento y la difusión de la creación artística literaria, especialmente a través del fomento a la traducción de obras, va en esta misma dirección. Desde 1993 existe también el interesante informativo «Euro-News» que transmite veinticuatro horas al día, simultáneamente en cinco idiomas, con además una original codificación no lingüística, de comprensión universal con base en ágiles símbolos visuales: las banderas de los países y ciertas unidades monetarias, por ejemplo, dan cuenta de movimientos cambiarios y bursátiles; otros signos codifican el pronóstico meteorológico, el estado de las carreteras, etc.).

Este titánico esfuerzo europeo a favor del mosaico idiomático, debe interesar también en una América Latina tan rica y diversa en este campo: aquí igual hay una tendencia a la angloparla absoluta y la «CNN-ización» unilateral. Siendo el español también un idioma de la UE, este esfuerzo puede redundar en riqueza para los países de este lado del Atlántico. No se trata de ningún modo de agitar en contra del aprendizaje por parte de todos y cada uno de varias lenguas, entre otras que, desde luego, evidentemente y en primer lugar -que no único- el inglés. Entre nosotros resulta igualmente urgente la defensa frente a la imposición unilateral del inglés o frente a lo que es peor, la generalización del «spanglish» y las pésimas traducciones en los programas televisivos, de computación y

los libros de texto. Hablar a favor de la defensa del español - en la UE como en América Latina- debe evitar entonces dos escollos extremos: por una parte un chauvinismo trasnochado, fanático del español, únicamente y porque sí, y por otra parte, una alienación cultural que, en aras de un supuesto progreso, proclama la conveniencia de una indiscriminada prostitución cultural e idiomática.

Sobre la base de lo anterior es que tanto en la Unión Europea como en América Latina, surgen un nuevo tipo de organización «para la defensa del idioma» (la francofonía, con el francés, la «Comunidad iberoamericana de naciones», con el español, la «Taalunie» para el neerlandés,...): la batalla no ha de verse entonces, simplemente como una lucha nostálgica de filólogos atrasados, en anacrónicas academias, sino como instrumento de defensa y proyección hacia el futuro, en nombre del derecho a una identidad individual y colectiva diferenciada frente a crecientes embates de peligroso monolingüismo y la «cocacolonización» expresiva, todo en términos únicamente de producto comercial. La «francofonía» (30), por ejemplo, representa toda una política, consciente e institucionalizada, tanto de defensa como de propagación del idioma y de la cultura de habla francesa. Dentro de la Unión y más allá, esta institución constituye certeramente a abrir el espectro cultural, proyectado hacia el siglo XXI, pero sobre sólidas raíces históricas.

Ojalá en Costa Rica la tecnología sin muros, con los avances logrados gracias a la fibra óptica y el cable televisivo entre otros, gracias a los que, sin duda, ya cuantitativamente se mejoró la oferta, vaya también en beneficio de la diversificación cualitativa, tanto a nivel de conceptualización programática como en función del plurilingüismo. No solo conviene promover el acceso a un mayor número de canales de la América de Bolívar (en español y en portugués), desde luego también a otros canales en inglés (americano); hay que fomentar además la difusión y audiencia del alemán (Deutsche Welle), del francés (TV5), del italiano (RAI) y por supuesto del castellano (TVE): lo anterior no conllevará ya una manifestación de imperialismo europeo, sino, desde el punto de vista del consumidor, la expresión del derecho a tener la ventana abierta sobre el mundo. Viene al caso en este nuevo contexto tecnológico la frase de Martí: «injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha' de ser nuestro.» En aras de un nacionalismo estrecho, por favor, no nos quedemos solos con el tronco.

6. «Vive la différence»: la necesidad de la «excepción cultural»

Un columnista en un diario local constataba recientemente que «hemos pasado de las superpotencias a los supermercados (31): Lo anterior revela un interesante problema

-nuevamente de manifiesta trascendencia también por acá- en gran medida derivado del hecho de que ahora el único sistema viable en todas las esferas pareciera ser el liberalismo absoluto e indiscriminado, todo bajo el manto de la muletilla de moda, llamada globalización. A nivel de la UE se da, entre otros, con la batalla por la diversidad artística: evocada bajo la bandera de «la excepción cultural». En pocas palabras, se trata de toda una conceptualización filosófica, nada abstracta (porque de ella dependen millones de empleos) en el sentido en que este sector de producción no puede ser considerado como otros, en términos de mercancía únicamente, dentro de los acuerdos del GATT. La UE libra una lucha para que el arte mantenga cierto grado de independencia frente a las leyes de mercado que reducen todo a objetos en subasta.

El caso de la producción audiovisual resulta especialmente llamativo Jacques Delors, antiguo Presidente de la Comisión de la UE lo planteaba escuetamente así, en defensa de la identidad colectiva y derecho legítimo de lo propio: «dentro de unos años tendremos aparatos japoneses, espectáculos americanos y, eso sí, el público seguirá siendo europeo...». Se trata entonces de un esfuerzo mancomunado de cooperación cultural interna, frente al desequilibrio en el intercambio de productos culturales (32), pero también de defensa externa, contra una peligrosa tendencia al monocultivo artístico tipo «Hollywood» a nivel europeo lo mismo que a escala mundial. Los sociólogos han comprobado que una oferta deficientemente variada a la larga desemboca en un empobrecimiento del gusto.

Por lo anterior la UE se propone una doble acción complementaria: por un lado reforzar la capacidad de producción europea y por otro facilitar el acceso de cada consumidor al mayor número de obras y productos audiovisuales europeos. La Comunidad creó en 1991 el programa MEDIA: se trata de un programa dotado de 200 millones de ecus para la difusión y coproducción de películas. Esta acción pasó a ser un asunto de política exterior a finales de 1993, contra la inclusión del sector audiovisual en la discusión del acuerdo final para la «Ronda Uruguay». La Unión Europea logró que el sector audiovisual se excluyera por «especificidad cultural», consiguiendo así, por lo menos de momento, derecho a subvención en un campo en el que los intereses son tanto comerciales como culturales.

La problemática de la «excepción cultural» trasciende entonces lo europeo. De igual modo nos tiene que preocupar aquí... a no ser que hayamos sucumbido ya al nuevo encanto de la sirena, la creciente estandarización unilateral, preponderantemente sobre modelo norteamericano: en lo cultural culinario esto ha llevado a una pobre «macdonaldización» (33).

Sin ningún menosprecio por este tipo de presentación y consumo de productos para el estómago - eso sí, ojalá al lado de otras muchas formas y bases de alimentación- ¿no es cierto que igual para la alimentación del espíritu es conveniente la diversidad? Felizmente van surgiendo voces también de este lado. En una reunión local de la UNESCO se virtieron las siguientes afirmaciones: «...deberíamos promover un GATT cultural. La pluralidad es el antídoto ante la homogenización...» (34). El lema ecológico «extinct is for ever» ha de ser aplicado también a lo cultural, en general, y a lo artístico en particular.

7. Cooperación cultural de la UE en relación con América Central.

Desgraciadamente, pese a que, como apreciamos, se esbozó una evolución positiva en la valoración de lo cultural en la UE, el tema cultural sigue muchas veces ausente en el acercamiento interoceánico. En 1995 no se mencionó ni a nivel de presidencia europea local ni en un seminario reciente organizado por la UE en México. Tampoco se encuentra en la agenda de un seminario llevado a cabo por el IRELA en San José, por mandato de la última reunión de San José. Como se sabe, esta instancia constituye, el puente institucional entre la UE y Centroamérica. Sin embargo, el Convenio de Lomé, del que son signatarios la Unión Europea y sesenta y seis países de Africa, el Caribe y el Pacífico, incluye una vertiente cultural. ¿Por qué no es ese el caso todavía en las Reuniones de San José? Habrá que ver si, precisamente a partir de la evolución positiva que se está dando, de reconocer la variable cultural en los mecanismos políticos y económicos, se trasciende el nivel de declaraciones únicamente en estos dos campos, en las reuniones ministeriales anuales, para incluir también la fructífera dimensión cultural.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Texto elaborado a partir de una conferencia dada en el Instituto Manuel María Peralta, del Ministerio de Relaciones Exteriores, el 2 de mayo de 1995, a un grupo de estudiantes de la carrera diplomática, a petición de su Director, el Embajador José Joaquín Chaverri, bajo el título encargado: «Cooperación cultural europea: ¿Hacia donde vamos?».
- (2) Respecto de la problemática de identidad cultural centroamericana y concretamente costarricense, me inspiró grandemente de las ideas del colega Alvaro Quesada, gran investigador en este tema, con múltiples publicaciones al respecto. El mismo es co-autor también, por cierto de una edición de la obra teatral aludida, publicada recientemente por la Editorial Universitaria, de la Universidad de Costa Rica, en 1993. Aprovecho para señalar que una figura señera en las relaciones culturales intercontinentales como lo fue el Marqués de Peralta, a mi manera de ver, no se ha estudiado todavía suficientemente.

- (3) Las expresiones entrecomilladas provienen de un libro «*Etat de la francophonie dans le monde*», publicado por la editorial. La documentación francesa, París, en 1994. Cito de la p. 55 la expresión «cultura del eco» proviene de Jean Paul Sartre, en su famoso prólogo al libro de Franz Fanon.
- (4) En 1871 E. B. Tylor definía así nuestro objeto de estudio: «Cultura o civilización es el complejo total que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la ética, las costumbres y todas las demás capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad».
- (5) Ver al respecto «*La conquista de América - El problema del otro*» (Siglo XXI, México, 1989 en segunda edición a partir de un original francés de 1982): el interesante estudio de Tzvetan Todorov aborda la problemática de la relación intercultural en general y precisamente el choque de identidades que provocó, por ambos lados del Atlántico, el eufimísticamente llamado «Encuentro de culturas», iniciado por Colón en 1492.
- (6) He leído con fruición el libro de Domenach: *Europe, le défi culturel* (cita en bibliografía), por estar bien escrito y actualizado: describe magistralmente tanto las causas como las consecuencias de una infravaloración de lo cultural en la construcción de Europa. Son pocos los libros sobre el tema en cuestión, máxime posteriores a la caída del muro de Berlín.
- (7) El libro de Edgar Morin, *Pensar Europa* (cita en bibliografía), se publicó originalmente en francés en 1987. A pesar de que, por la actualidad del tema y las circunstancias mundiales tan cambiantes en la última década, el libro es muy valioso empezando por la calidad de su autor crítico y autocrítico, como él solo, de la idea europea.
- (8) Es a raíz de la batalla de Poitiers, en el año 732, que el cronista utiliza, al parecer por primera vez, el término de «europeos», refiriéndose al conjunto de soldados puestos en defensa común contra el Islam. (Véase, al respecto: Vittorino ALLOCOCO, artículo «Europa», en *La República*, San José, 11.05.95.
- (9) Morin, obra citada, p. 34.
- (10) Domenach, obra citada, p. 9
- (11) Domenach, obra citada, p. 53.
- (12) Para la referencia ya no a los habitantes sino al espacio geográfico prevalece la misma connotación totalmente anti-geográfica: al otro lado del Canal se encuentra «Europe» o «continental Europe» (ver uso reciente todavía en *Europa Times*, Marzo 1995).
- (13) También es necesaria la matización terminológica de nuestra parte dentro mismo de la que Neruda identificaba plásticamente como la «cintura de América»: «Centroamérica» y centroamericano para la mayoría de los costarricenses se refiere a lo que ellos precisamente no son. Con una connotación negativa apenas velada, estos términos se reservan para «los otros».
- (14) Estos dos términos que en español, igual que en francés, muchas veces recubren, «se distinguen con claridad en el pensamiento alemán, en el que Cultura designa aquello que es singular y específico de una sociedad, en tanto que la Civilización se refiere a aquello que puede ser adquirido y transmitido de una sociedad a otra». (Morin, obra citada, p. 64). La misma dicotomía de términos se retoma en Domenach (obra citada, p. 72)
- (15) Según Morin (obra citada p. 55) el verbo apareció alrededor de 1830 como «la conciencia de aportar al mundo la mejor de las civilizaciones». La versión latinoamericana de esta ideología es la conocida teoría de Sarmiento con el antagonismo racista de «civilización» (la única, la europea, por supuesto) frente a la «barbarie» (la de los indígenas y otros *menesterosos* que hay que exterminar o desplazar para importar genes buenos.. Nuevamente Morin resume: «Europa europeizó el mundo y mundializó el europeísmo» (p. 57)
- (16) Invoco al respecto la clarividente figura de Ernesto Sábato: «No corramos detrás de presuntas identidades. Aceptemos la historia como es, siempre sucia y entreverada», en *Rumbo*, San José, 15 de octubre de 1991 p. 8-9.
- (17) Es la resonancia, involuntaria, de mi cultura europea: «die Schuldfrage», como dirían los alemanes, con el leitmotiv acerca de la culpa de la guerra, en la reflexión artística, desde Heinrich Böll, pasando por Günter Grass y «El tambor de hojalata».
- (18) El sistema Institucional de la Comunidad Europea es de difícil clasificación. Es mucho más que una organización intergubernamental: posee personalidad propia y amplios poderes. Pero tampoco es una federación con ámbitos de competencia propios por encima de los gobiernos y parlamentos de los países comunitarios.
- (19) Ver entre otros Lester Lthurrow (con su libro: *Head to head, The coming economic battle among Japan, Europe and America*, Warner Books, New York, 1992) donde da un constante énfasis en las diferencias culturales entre estos bloques. En el mismo sentido va el artículo «The clash of civilizations», publicado por Samuel Huntington en la revista norteamericana *Foreign Affairs* (noviembre-diciembre 1994)
- (20) Frase también retomada en Domenach, libro citado, p. 91.
- (21) El principio de subsidiariedad, definido en el Artículo 3B del tratado de Maastricht, tiene todo un historial desde la filosofía medieval. En terminología jurídica contemporánea, se inspira de la relación de poder entre los Länder alemanes y el Estado Federal: la instancia superior solo puede y debe intervenir si la otra no puede.
- (22) Morin introduce este término interesante de lo «metanacional» (obra citada, p. 167), con un matiz cualitativo más idóneo que el de supranacional: «meta», en griego, significa: «más allá de».
- (23) Alain Monnier en «La population de l'Europe» (Suplemento de *Cahiers Français*, 219, 1985, pp. 1-8) señala que después de 1964 se detuvo la tasa de crecimiento demográfico, por lo que en la mayoría de los países europeos no se alcanza ya la fecundidad (de 2,1 hijos por mujer) que mantiene por lo menos estacionaria la población.
- (24) Lo que pasa con Europa, a nivel mundial (un declive del peso ideológico por la simple ley demográfica), mutatis mutandis, puede ser lo que pasará con Costa Rica en el contexto centroamericano: Honduras, por ejemplo, con una población actual de 5,6 millones de habitantes, tiene un índice de crecimiento de 3,2%.
- (25) Ver un folleto «*La Comunidad Europea y la Cultura*», editado por la Comisión de las Comunidades Europeas en mayo 1988, p. 11: toda una evolución del lenguaje, en vez de cooperación y la implícita idea de predominio y hasta unicidad de lo

europeo. Para la expresión «isla de paz»: referirse a las manifestaciones de los líderes políticos europeos con motivo de las celebraciones del 50 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, en mayo 1995.

- (26) La expresión se la debo, en parte, al mismo Morin, ya citado.
- (27) «Koinè», en sentido original del griego clásico se refiere a «común» u «oficial», en aplicación a la lengua, con miras a superar las diferencias idiomáticas regionales. Domenach (libro citado p. 112) señala que el francés ha sido durante unos trescientos años la «Koinè» de los diplomáticos.
- (28) Ver, por ejemplo, las enseñanzas de Schulte-Herbüggen en «El lenguaje un medio para apoderarse mentalmente del mundo», en *Cultura y signos*, Cátedra de Comunicación y Lenguaje, Universidad de Costa Rica, 1994.
- (29) Un buen resumen acerca de la problemática de las lenguas en la Unión Europea se encuentra en el artículo «La torre de Babel está en Bruselas», escrito por Anne Rapin en Label France. *Revista de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia*, enero 1995, No. 18, p. 8-9. En 1996 se revisará el régimen lingüístico de la Unión Europea.
- (30) El mejor estado de la cuestión que conozco al respecto es el libro *Etat de la francophonie dans le monde*, publicado por el «Haut Conseil de la Francophonie» en editorial La documentation française, París, 1994. La tecnología sin frontera condiciona enormemente dos productos culturales por excelencia: la lengua y la expresión artística.
- (31) Ver el periodista Julio Suñol, en su columna diaria en *La República*, abril 1995.
- (32) Sobre 1330 películas difundidas en 1989 en canales franceses, solo 9% eran de origen europeo. (Domenach, libro citado, pp. 123-124). Según el Instituto de lo Audiovisual y de Telecomunicaciones en Europa (IDATE), se estima que en 1992 los Estados Unidos exportaron a Europa películas y productos audiovisuales diversos (series de televisión, cintas de video...) por valor de 3.600 millones de dólares, mientras que los europeos solo consiguieron vender en territorio americano por valor de 300 millones de dólares (datos recogidos por Yves Mamou en Label France, *Revista del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia*, enero 1995, no. 18, p. 16-17).
- (33) Arturo Uslar Pietri, visionario al respecto, a pesar de los años, señalaba hace poco: «La posibilidad, no tan remota, de que se le pueda dar la vuelta al mundo viendo las mismas películas, los mismos programas de televisión, comiendo los mismos

«hamburgers», bebiendo los mismos refrescos y portando la misma vestimenta, es aterradora. «(*La República*, San José, 16 de mayo de 1994).

- (34) Ver artículo sobre la III Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, realizada en San José, en febrero de 1994, en *Universidad*, San José, 9 de diciembre de 1994.

BIBLIOGRAFIA

- AVERMAETE, Roger: *Faire l'Europe*, Editions La Rose de Chene, Paris, 1984.
- COMISION DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS: *La Comunidad Europea y la cultura*, (folleto), 10/88. Dirección General de Información, Bruselas, mayo, 1988.
- DOMENACH, Jean-Marie: *Europe, le défi culturel*, Ediciones La Découverte, Paris, 1990.
- HAUT CONSEIL DE LA FRANCOPHONIE, *Etat de la Francophonie dans le monde*, ediciones La Documentation Française, Paris, 1994.
- MAMOU Yves: «El panorama audiovisual europeo», en Label France, *Revista de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia*, enero 1995, No. 18, p. 16-17.
- MORIN, Edgar: *Pensar Europa*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1988.
- PRESIDENCIA FRANCESA, La lettre de Maignon, suplemento para el número 459, Paris 1994.
- ROBIN, Jacques: «Les dangers d'une société de l'information planétaire», en *Le Monde Diplomatique*, Enero 1995.
- RAUX, Jean: «De la CEE à la Communauté européenne: ce qui change dans le Traité de Rome», en *Regards sur l'actualité*, número especial «Maastricht», No. 180, ed. La documentation Française, Paris, 1992.
- TODOROV Tzvetan: *La conquista de América - El problema del otro*, ed. Siglo XXI, México, 1989 en segunda edición, a partir de un original francés de 1982.
- THURROW, Lester: *Head to head (The coming economic battle among Japan, Europe and America)*, Warner Books, New York, 1992.